

SANDHYA MENON

AUTORA BESTSELLER DEL *NEW YORK TIMES*



EL
AMOR
Y OTRAS
MALDICCIONES



FANDOM BOOKS

Título original: *Of Curses and Kisses*

1.ª edición: septiembre de 2020

© Del texto: Sandhya Menon, 2020

Publicado por acuerdo con Simon & Schuster Books For Young Readers, sello editorial de Simon & Schuster Children's Publishing Division. Todos los derechos reservados.

© De la cubierta: Sarah Creech, 2020

© De la ilustración de cubierta: Petra Braun, 2020

© De la traducción: Jaime Valero, 2020

© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S. A.), 2020

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.fandombooks.es

Asesora editorial: Karol Conti García

ISBN: 978-84-18027-23-9

Depósito legal: M-19378-2020

Impreso en España - Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADO

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

SANDHYA MENON

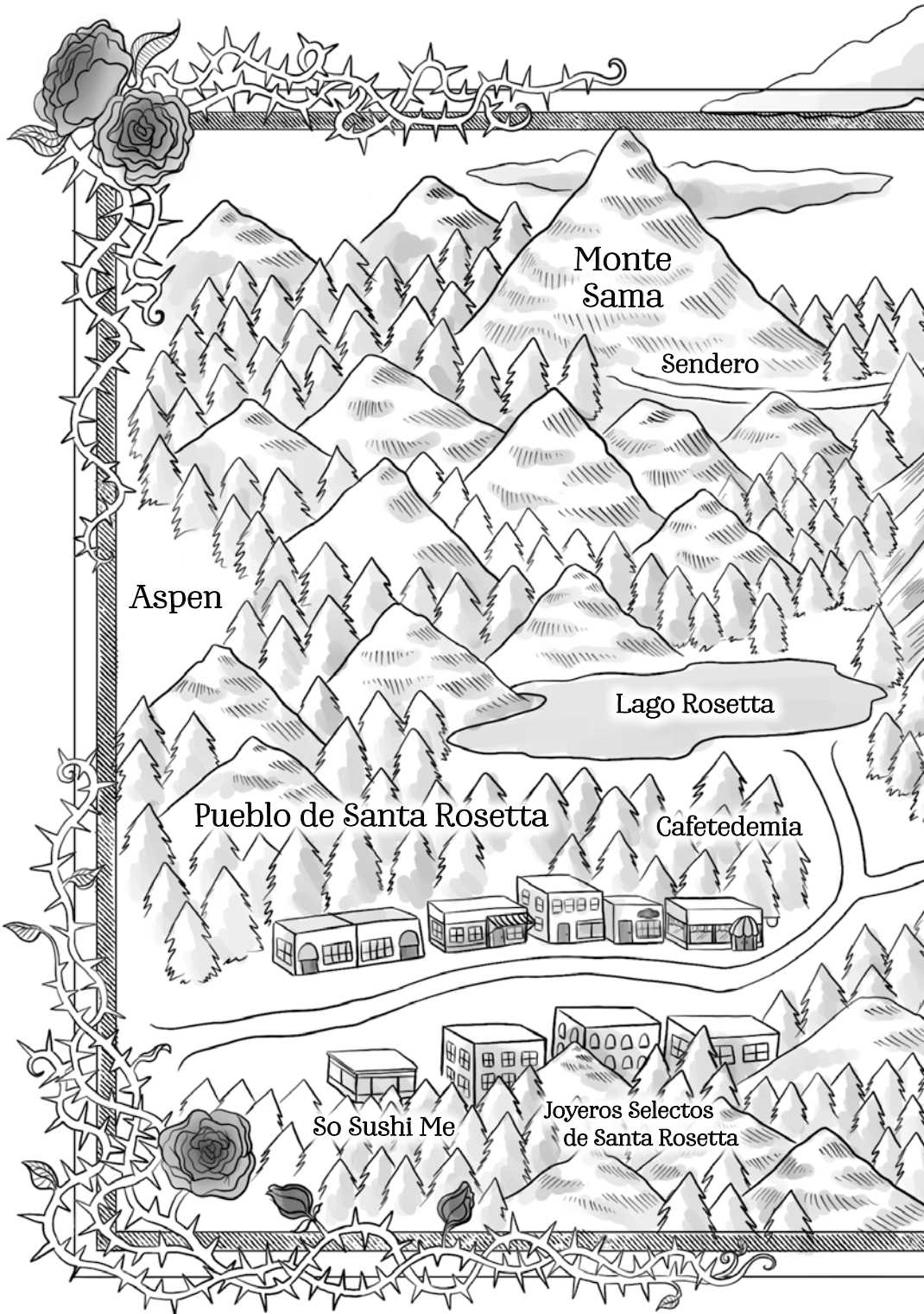
EL
AMOR
Y OTRAS
MALDICIONES

A decorative floral illustration featuring a branch with several leaves and three small, stylized flowers or buds.

Traducción de Jaime Valero

FANDOM BOOKS

*Para los valientes y los malditos
que se niegan a plegarse ante los astros.*



Monte
Sama

Sendero

Aspen

Lago Rosetta

Pueblo de Santa Rosetta

Cafetedemia

So Sushi Me

Joyeros Selectos
de Santa Rosetta



Centro acuático

Salón de baile

Comedor

Torre

Enfermería

Biblioteca

Academia
Internacional
Santa Rosetta

Artes y Ciencias
Humanidades

Tiro con
arco

CAYÓ EN LA DESESPERACIÓN
Y PERDIÓ TODA ESPERANZA.
PORQUE ¿QUIÉN PODRÍA APRENDER A AMAR A UNA BESTIA?

LA BELLA Y LA BESTIA



CAPÍTULO 1



A LAS AFUERAS DE ASPEN, EN COLORADO, ASENTADA entre montañas ancestrales y un lago que semeja una mancha de tinta, se encuentra la Academia Internacional Santa Rosetta. Sus imponentes capiteles, sus marañas de hiedra y sus desgastadas torretas de ladrillo a menudo instan a los visitantes a recalcar su parecido con un venerable castillo de alguna vetusta ciudad europea. La academia iba a convertirse en el hogar de la princesa Jaya Rao a lo largo de un año.

Durante su estancia allí, Jaya se impuso una única misión: partirle el corazón a un noble inglés.

Pero primero tendría que enamorarse de él.



CAPÍTULO 2

JAYA

SER UNA PRINCESA NO ERA TAN GLAMUROSO COMO LO pintaban en los medios de comunicación. Si los cortesanos la presentaban, pongamos, de este modo: «Su alteza real, la princesa Jaya Rao de la casa imperial de Mysore», casi todo el mundo se la imaginaba arrullando a los pájaros y estrechando las patitas de unos ratones simpatiquísimos, con una tiara centelleando bajo el sol estival. A ojos de Jaya, la factoría Disney tenía mucha culpa de ello.

En realidad, su día a día era bastante distinto. Siempre tocaba algo en plan: «Jaya, los lugareños quieren que des de comer a su elefante de la suerte para que mañana gane en las carreras. Ah, por cierto, el elefante está en celo, así que ten cuidado con tu vestido», o «Jaya, el primer ministro de Oppenheim condena moralmente la mantequilla, así que tú tampoco puedes tomarla para desayunar».

Pero lo sobrellevaba. Jaya era la heredera al «trono» de Mysore. (Técnicamente, la India era una democracia, no una monarquía, pero su familia gobernaba antaño esa región y aún conservaba el título). Era consciente de que, en algún momento, le tocaría llevar las riendas. Le tocaría velar por la ciudad en la que vivía, tal y como había hecho su padre durante años, y

su abuelo antes que él. En teoría, no debería haber familias reales en la India. Pero era un secreto a voces que seguían allí, y la gente seguía esperando de sus miembros que fueran justos, firmes y benevolentes. Los plebeyos dependían de su familia para conseguir empleos, ayudas sociales y un millón de motivos más que Jaya estaba aprendiendo. Quizá por ello tenían a los Rao en un pedestal. La gente de a pie esperaba, por justo o injusto que parezca, que fueran perfectos en todos los sentidos. Lo necesitaban. El apellido Rao y las tradiciones reales que los vinculaban lo eran todo para ellos.

Y precisamente por eso, Jaya tenía que hacer lo que estaba a punto de hacer. Puede que fuera una princesa, la primogénita de sus padres y la heredera al trono, pero en su historia había algo más.

Llegaron al majestuoso vestíbulo de mármol con sus maletas. Jaya inclinó la cabeza hacia atrás para contemplar la inmensa lámpara de araña que pendía como una gota de rocío sobre su cabeza. Notó el peso del colgante con forma de rosa que llevaba puesto; dieciocho rubíes que centelleaban como unos ojos penetrantes, para recordarle por qué estaba allí.

Isha soltó un silbido, leve y prolongado, y Jaya la fulminó con la mirada. Su hermana interrumpió el silbido a la mitad, aunque no pareció especialmente avergonzada.

—Bonita choza —susurró, aunque sus palabras reverberaron a pesar de todo—. Es aún más bonito que el internado de Benenden. Y otra cosa no, pero los ingleses entienden de estas cosas.

La pared que se extendía ante ellas estaba adornada con banderas de más de tres docenas de países. Por encima había una placa chapada en oro que proclamaba: «¡Nuestros alum-

nos proceden de todos los rincones del mundo!». La mirada de Jaya se sintió atraída de inmediato hacia las banderas que mejor conocía: la de la India, por supuesto, junto con las de Estados Unidos, Reino Unido, Emiratos Árabes Unidos, China, Japón, Mauricio y Suiza. Había veraneado en todos esos lugares y vivido en la mayor parte de ellos, leyendo en parques y cafeterías mientras Isha recorría las tiendas de segunda mano, en busca de piezas o baterías para el artillugio en el que estuviera trabajando en cada momento.

El suelo estaba compuesto de baldosas de color turquesa con incrustaciones en oro, un toque de belleza oceánica en mitad de las montañas. Jaya había oído el rumor de que fueron un regalo del rey de Marruecos hacía medio siglo, cuando su hijo tuvo que exiliarse allí a causa de algún episodio escabroso. No había logrado descubrir el motivo de tal escándalo —en Santa Rosetta eran expertos en ocultar los trapos sucios—, pero sintió cierta afinidad con el rey marroquí. Él no era el único que se había impuesto la responsabilidad de proteger a un miembro descarriado de su familia. Jaya miró de reojo a Isha, por acto reflejo, y después se obligó a mirar para otro lado.

Su hermana la agarró del brazo y señaló hacia la pared que quedaba a su derecha.

—¡Mira! —susurró—. ¿Eso es...?

Contemplaron con interés un puñado de cuadros, repletos de colorido y de diferentes tamaños, que casaban bien con las baldosas marroquíes. Representaban paisajes desérticos que parecían emerger del lienzo y cautivaban al espectador.

—Eso creo —respondió Jaya en voz baja, entusiasmada.

No tenía muy claro por qué estaban susurrando. ¿Tal vez por estar en presencia de tanta belleza? Seguramente por eso la gente se sentía instada a hablar tan bajito en las bibliotecas.

—Georgia O’Keeffe pasó un semestre aquí durante su adolescencia y después donó unos cuadros a la escuela como agradecimiento.

Antes de que Isha pudiera responder, se oyeron unas pisadas estrepitosas que descendían a toda velocidad por la opulenta escalinata de mármol que se encontraba a su espalda. Sin girarse siquiera para mirar, Jaya adivinó por sus carcajadas, graves y ruidosas, que se trataba de un par de chicos, aunque el nivel de decibelios también podría corresponder a una manada de búfalos.

—Vamos —dijo su hermana, tirando de ella hacia delante.

Jaya la agarró de la muñeca y negó con la cabeza.

—Isha.

—¿Qué? —inquirió la otra, ensanchando sus ojos castaños—. Solo quiero conocer a nuestros compañeros de clase. Pase lo que pase, nos tocará convivir con ellos los próximos uno o dos años.

Lo dijo con unos ojos de corderito degollado de los que Jaya no se fiaba un pelo. No era tan ingenua como se pensaba Isha. Bajando la voz, le dijo:

—Ya has tenido problemas con chicos en el pasado.

—Siempre estás igual —protestó Isha—. A veces me tratas como si fuera una niña pequeña. No fueron los chicos los que me metieron en líos. Fueron esas normas absurdas.

Jaya abrió la boca para replicar —pensó en un comentario mordaz sobre las virtudes de las normas, del que ya concretaría los detalles—, pero una voz jovial la interrumpió:

—*Bonjour!* ¿Acabáis de llegar a la academia, hermosas damas?

Jaya se dio la vuelta al oír ese marcado acento francés. Dos chicos habían doblado la esquina y se encontraban frente a ellas. El chico alto y robusto que acababa de hablar sonrió

con calidez, como si estuviera saludando a unas viejas amigas. Tenía la piel cobriza y un cabello liso y oscuro que le caía sobre los hombros. A Jaya se le daba bastante bien adivinar los orígenes étnicos, y le pareció que aquel chico tenía una mezcla entre el Sudeste Asiático y Europa Occidental.

Isha dejó su equipaje en el suelo y se adelantó antes de que su hermana pudiera detenerla, extendiendo una mano.

—Yo soy Isha Rao. Esta es mi hermana, Jaya. Yo estoy en secundaria y ella está terminando el bachillerato.

Se estrecharon la mano. Jaya contuvo una mueca al ver el firme apretón de Isha, un recordatorio del... espíritu indomable de su hermana.

Jaya contuvo su irritación. Isha no tenía toda la culpa. Nadie se habría enterado de lo que se traía entre manos si los detestables Emerson no se la hubieran jugado. ¿Por qué culpar a Isha de que los Emerson fueran una panda de zafios trogloditas vestidos con ropa cara? Solo de pensar en ello, le entraban ganas de ponerse a golpear cosas. (Algo que nunca hacía. Ese comportamiento sería impropio de una heredera de la dinastía Rao).

Los Emerson y los Rao llevaban enemistados mucho tiempo. De hecho, el padre de Jaya e Isha —o Appa, como lo llamaban ellas—, dijo que no recordaba ninguna época en la que ambos clanes no hubieran estado enfrentados. A mediados del siglo XIX, durante la colonización británica de la India, la familia Emerson robó con alevosía un rubí sagrado de uno de los templos de Mysore. Incluso después de que la India consiguiera la independencia, los Emerson se negaron a devolverlo, alegando que llevaba mucho tiempo en su poder.

Pero la última en reír fue la tatarabuela de Jaya. Lanzó una maldición sobre el rubí, que al parecer traería la desgracia sobre los Emerson hasta acabar provocando el fin de su linaje.

La mujer se aseguró de anunciar la maldición a los cuatro vientos, para que llegara a oídos de los Emerson. Presumiblemente, para conseguir que se arrepintieran del día en que se la jugaron a los Rao.

Obviamente, Jaya no creía que esa maldición fuera auténtica. Era una joven del siglo XXI. No obstante, la generación de su tatarabuela sí la tomó por verdadera, y durante muchos años Jaya fue incapaz de entender por qué su antepasada querría maldecir a toda una estirpe para propiciar su fin. Vale, habían robado un rubí, pero eso ocurrió en el siglo XIX. ¿Por qué, a mediados del siglo XX, tuvo que hacer algo tan cruel?

Entonces Appa le explicó a Jaya la cantidad de dolor y sufrimiento acaecidos durante la ocupación británica. Al robar el rubí y luego negarse a devolverlo, los Emerson no solo se habían llevado una joya; se habían adueñado de una pieza fundamental de la historia de la India; sobre la que no tenían ningún derecho. Y, para colmo, después de que los británicos devolvieran la soberanía a su pueblo, los Emerson se quedaron el rubí como un símbolo de su superioridad, su arrogancia y su victoria. Fue esa afrenta final lo que despertó la ira de la tatarabuela de Jaya. Su falta de remordimientos era motivo de sobra para aborrecerlos.

Jaya comprendió al fin la rabia de su tatarabuela. No se puede hacer la vista gorda cuando alguien agravia algo muy querido para ti y se niega a enmendarlo.

Jaya dejó su equipaje en el suelo, igual que Isha, y se obligó a sonreír.

—¿Qué tal estáis? Acabamos de matricularnos en la academia.

—*Oui*, ¡eso me parecía!

El chico rodeó a su hermana con un brazo y Jaya se contuvo para no arrancárselo de cuajo. Isha detestaba que fuera

tan protectora con ella, así que Jaya estaba intentando mejorar en ese aspecto.

—No pasa nada. Yo haré que os sintáis supercómodas. Soy Leo Nguyen, también estoy en 2.º de bachillerato. Y este —señaló hacia un chico indio, flacucho y bajito, que estaba enfrascado en su móvil y no las había mirado a los ojos ni una sola vez— es mi buen *ami* Rahul Chopra.

Jaya contempló la nariz respingona de Rahul, sus pestañas frondosas, la pelusilla que brotaba de su barbilla. Leo parecía amigable y extrovertido, debidamente instruido por sus progenitores para desenvolverse en sociedad. Rahul, en cambio... La camisa le quedaba grande, los pantalones demasiado cortos, y los colores no casaban entre sí, como si hubiera elegido esas prendas al azar.

Había algo en ese tal Rahul que le resultó familiar; Jaya estaba convencida de que le había visto antes. Gracias al sosegado pero insistente entrenamiento en protocolo real que recibió de Amma, Jaya había empleado una referencia visual para acordarse de él.

—Rahul Chopra —dijo lentamente, cuando al fin lo reconoció: evocó la imagen de un muchacho tímido delante del edificio del Secretariado de Delhi—. ¿Tu madre es *mukhyamantri* Arti Chopra? ¿La jefa de gobierno de Delhi?

Rahul asintió y la miró de reojo antes de volver a concentrarse en su móvil, toqueteando velozmente la pantalla con los dedos. Jaya recordó, con cierta ternura, lo nervioso que se mostró Rahul durante su anterior encuentro. No era fácil olvidar a alguien que, como él, llamara tanto la atención por ser diferente.

—Y tú eres *rajkumari* Jaya Rao —dijo Rahul—. Mi madre conoce a tu padre. Nos vimos hace seis años, durante el banquete nupcial de Nehika y Pritam Gupta. Llevabas puesto

un *lehenga* rojo con cuentas, y tu hermana Isha llevaba uno amarillo a juego. Me gustaría añadir algo más, pero debo atender al desarrollo de esta partida de ajedrez.

Jaya le miró con la boca abierta, pese a que las normas del decoro dictaran lo contrario.

—¿Estás jugando al ajedrez? ¿Así de rápido? —Rahul movía las manos tan deprisa que costaba seguir sus movimientos—. Es imposible pensar a esa velocidad.

Jaya miró a Leo, convencida de que Rahul le estaba tomando el pelo, y él se echó a reír.

—Por favor, no le animéis a disertar acerca de que el ajedrez no es más que un sistema lógico formalizado.

Rahul repuso al momento:

—Pero es que lo es. Si te fijas en la gráfica discontinua, por ejemplo...

—Un momento. ¿Cómo es posible que recuerdes lo que llevábamos puesto el día que nos conocimos? ¿Eso fue hace una eternidad! —exclamó Isha.

Cierto. Jaya se había quedado tan obnubilada con la destreza ajedrecística de Rahul que no había reparado en el aspecto más inquietante de lo que había dicho.

Todos se quedaron sumidos en un silencio incómodo hasta que Rahul carraspeó.

—Es que... tengo facilidad para recordar los detalles —explicó, sin mirarlas todavía a los ojos—. No soy un bicho raro, como dicen algunos. Lo que pasa es que mi cerebro funciona de un modo distinto al de la mayoría. Supongo que quienes piensan así no comprenden la neurociencia de la memoria...

Leo soltó una carcajada repentina y le dio una palmada en la espalda a Rahul.

—*D'accord* —dijo con buen humor, aunque su sonrisa se parecía a la de Appa cuando un profesor le decía que Isha ha-

bía sacado un sobresaliente en Física, pero había cateado Labores del Hogar—. No importunemos a estas chicas en su primer día. Ya tendrán tiempo de sobra para escuchar los rumores por sí solas.

Las dos hermanas se miraron; después, Jaya forzó una carcajada.

—No nos habéis importunado. Me alegra haberle causado esa buena impresión a Rahul.

Jaya estaba empezando a recordar el motivo por el que los padres de Rahul lo habían apartado de la vida pública de la India. Era demasiado diferente, demasiado raro, para ser el hijo de una mandataria. Tenía constancia de que algunos de los habitantes de la Delhi rural pensaban que su madre había sido maldecida antes del nacimiento de su hijo, debido a su carácter «masculino» (es decir: ambicioso).

—Espera un momento. ¿Has dicho «*rajkumari*»? —le preguntó Leo a Rahul, dándose la vuelta para mirar a las dos hermanas con un interés renovado—. ¿Eso no significaba «princesa»?

Ahí estaba: la inevitable pregunta para la que Jaya siempre estaba preparada. Incluso en Santa Rosetta.

—Rahul ha exagerado un poco —repuso, negando con la cabeza—. La India ya no cuenta con una monarquía acreditada, pero sí, provenimos de la familia Rao, que antaño gobernaba Mysore, al sur de la India.

—¡*Chouette!* —exclamó Leo, sonriendo—. En la academia también hay un miembro de la aristocracia británica: Grey Emerson. O lord Northcliffe, por emplear su título oficial. ¿Le conocéis? No sé, a lo mejor existe una especie de red social para las familias de la realeza —añadió, riendo con ganas.

En la mente de Jaya se agolpó una docena de respuestas diferentes: «¿Que si le conozco? No personalmente, pero su

familia le ha causado mucho dolor y aflicción a la mía». O: «No, pero mi puño estaría encantado de conocer a su mandíbula. ¿Podrías indicarme dónde se encuentra?». Obviamente, se abstuvo de expresar esos pensamientos en voz alta.

Resulta que la negativa a devolver el rubí no fue la última afrenta de los Emerson. Ni mucho menos. Tal vez como represalia por la «maldición» (los aristócratas británicos solían ser tan supersticiosos como las familias reales indias), o quizá sencillamente porque eran crueles, los Emerson tenían la costumbre, cada cierto tiempo, de poner a parir a la familia Rao en los periódicos sensacionalistas de la India. Pero los Rao no se quedaban de brazos cruzados. Jaya recordaba más de una ocasión en la que se habían vengado de los Emerson por medio de diversos acuerdos comerciales y conexiones políticas. Y sus actos siempre estaban justificados, por supuesto. Era un toma y daca, una enemistad recíproca que formaba parte del ADN de ambos clanes.

Esta vez, sin embargo, los Emerson no habían ido a por los adultos de la familia Rao, como solían hacer. Esta vez, la habían tomado con Isha. Y, por desgracia, todo lo que los periódicos publicaron en esta ocasión, todo lo que los Emerson filtraron a los periodistas era cierto.

Jaya recordaba haberle preguntado a Kiran Hegde —miembro de otra familia real originaria del estado indio de Karnataka con el que mantenía buenas relaciones— por qué los Emerson habían cambiado su *modus operandi*.

—No tiene sentido —le había dicho por teléfono—. Algo no encaja. ¿Por qué ahora? ¿Por qué Isha?

—No lo sé —le respondió Kiran—. ¿Por qué no llamas al periodista que escribió el artículo? No creo que te revele su fuente, pero puede que te dé algún indicio sobre lo que traman los Emerson.

Y eso fue lo que hizo Jaya. Llamó al periódico, habló con el reportero y le preguntó quién estaba detrás de la foto filtrada de Isha. Recordaba claramente cómo ese hombrecillo obeso y petulante hizo una pausa antes de responder:

—¿Te sorprendería mucho si te dijera que fue el heredero de una familia que siente una profunda antipatía hacia los Rao?

—Te refieres a un heredero de los Emerson —dijo Jaya, furiosa, apretando el móvil con fuerza—. Debí imaginarlo. ¿Cuál de ellos fue? ¿Y por qué la han tomado con mi hermana?

—Eso lo desconozco —respondió el reportero, que estaba disfrutando con la situación. Jaya se lo imaginó en su despacho, abarrotado y sin ventilar, con los pies apoyados encima de la mesa—. Por cierto, ¿quieres declarar algo acerca de cómo te has tomado la noticia? ¿Sientes mucha rabia, Jaya? ¿Y qué me dices de Isha? ¿Aún sigue «hundida en un pozo de humillación sin fin»?

Jaya colgó sin decir una palabra más.

Kiran había acertado al aconsejarle que acudiera a la fuente. Desde hacía un tiempo, Amma y Appa habían insinuado que casar a Jaya con Kiran podría ser una buena jugada política para los Rao. Tenía su lógica. Kiran era el primogénito de la acomodada familia real Hegde. Una alianza serviría para fortalecer ambos estados. Cuando llegara el momento, Jaya estaría encantada de hacerlo.

De vuelta en Santa Rosetta, Jaya advirtió la mirada penetrante que le lanzó Isha y se tomó su tiempo para responder. Inspiró lenta y pausadamente, tratando de serenar sus nervios, que estaban a flor de piel. Luego, mientras se metía las manos en los bolsillos traseros de sus vaqueros, dijo lentamente:

—He... oído hablar de Grey Emerson. ¿Está aquí?

—Sí, y ha vuelto a desaparecer, como siempre —respondió Leo, cruzando con Rahul una mirada que Jaya no supo interpretar—. Pero podemos presentaros el jueves, el primer día de clase. Si queréis, podéis sentaros con nosotros para desayunar, en el comedor de los alumnos de bachillerato.

—Nuestra mesa está al fondo a la derecha —añadió Rahul con cortesía.

—¡Sois muy amables al incluir a Jaya! —rio Isha.

Pese a su tono jovial, Jaya percibió inquietud en los ojos de su hermana. Durante todo el verano, Jaya había advertido la rabia que prendía en el corazón de Isha. No se le pasaba por alto que, ante cualquier mención de los Emerson, su hermana se acaloraba y adoptaba una mirada febril. Ahora le preocupaba la posible reacción de Isha al descubrir que un Emerson asistía a esa misma academia.

Pero eso no fue lo único que percibió Jaya en los ojos de su hermana. También detectó ansiedad. Isha, por el carácter que tenía, no había tardado en perdonar y olvidar la jugarreta de los Emerson; lo único que quería era pasar página y seguir con su vida. Pero Jaya había sido testigo de cómo ese escándalo había mermado el ánimo de su hermana, que normalmente tenía una vitalidad inagotable. Durante las horas más aciagas de Isha, temió que no volviera a ser la misma de antes. Ahora, Jaya percibió en los ojos ligeramente desorbitados de su hermana y en esa sonrisa un poco más forzada de la cuenta, cómo los recuerdos de aquella época regresaban a la superficie.

Pero Jaya estaba decidida a protegerla. Ningún Emerson volvería a hacerle daño a Isha de esa manera.

—Sí, gracias —les dijo a los chicos, dirigiéndoles su sonrisa más convincente—. Será un placer.

Hasta ese momento, le preocupaba encontrar un modo de acercarse a Grey. Pensó que sería más complicado.

—¡Hooool! ¿Cómo estáis?

Una chica pálida y con el pelo corto y pelirrojo se acercó a los chicos, sonriendo de oreja a oreja. Incluso ataviada con unos vaqueros cortos y raídos y una camiseta blanca que dejaba el ombligo al aire, se movía con la confianza y la gracilidad innata propias de una persona acostumbrada a ser el centro de todas las miradas. Era casi tan alta como Leo, al que Jaya le echaba un metro ochenta, así que les sacaba una cabeza a las dos hermanas. La chica giró lentamente sus ojos verdes hacia ellas.

—¿Sangre nueva? —preguntó, mirando a sus amigos.

Rahul se recolocó las gafas y respondió con un ligero tembleque en los labios que denotaba entusiasmo:

—Ella es *rajkumari* Jaya, también conocida como la princesa Jaya, y esta es su hermana Isha —dijo.

Jaya tuvo la impresión de que a Rahul le gustaban las cosas «bien hechas». Era de los que creen que las normas y las reglas tienen su razón de ser. En eso estaban de acuerdo.

—Princesas, esta es Daphne Elizabeth McKinley.

—¿Más aristócratas? —preguntó Daphne Elizabeth, ladeando la cabeza.

Jaya advirtió que tenía acento americano. Tanto Isha como ella hablaban con un acento mayoritariamente británico, fruto de haber asistido a escuelas de todo el mundo que ensalzaban las virtudes del acento de la reina de Inglaterra. Lo irónico fue que llevaban menos de un año de vuelta en la India cuando se produjo el desastre. Tal vez deberían haberse quedado en el extranjero.

—¿Es que no hemos cubierto ya el cupo? —añadió Daphne Elizabeth. Pero lo decía en broma, invitándolas a sumarse a ella.

Siguiéndole la corriente, Jaya se rio.

—Me temo que no.

Daphne Elizabeth sonrió. Bajó la mirada hacia el colgante de Jaya, silbó con admiración y se agachó para verlo mejor.

—Me gusta tu colgante.

—Gracias —respondió Jaya, sonriendo—. Me lo regaló mi padre.

—Y mira quién habla de aristócratas —replicó Leo, poniendo en blanco sus ojos color avellana. Después añadió, dirigiéndose a Jaya e Isha—: Daphne Elizabeth es la heredera de la dinastía McKinley.

Jaya percibió en el rostro de su hermana un gesto de sorpresa idéntico al suyo.

—¡Los hoteles McKinley! —exclamó Jaya, sonriendo con afecto—. Me encantan vuestros toalleros radiantes. No hay nada mejor que envolverse en una de esas toallas después de un largo día.

Varios chicos —alumnos de bachillerato, a juzgar por sus pintas— pasaron de largo junto a ellos y se dirigieron hacia las puertas francesas que se encontraban a su izquierda. Daphne Elizabeth los siguió con la mirada.

—Me alegra oírlo —respondió, obligándose a volver a mirar a Jaya. Entonces se oyó una melodía tintineante—. Huy, es mi móvil. Os veo luego, chicos. ¡Chao!

Y entonces se marchó, al tiempo que se sacaba el móvil del bolsillo. Leo se quedó mirándola, meneando la cabeza.

—*Elle est toujours pressée*. Siempre corriendo de un lado a otro. —Tras darse la vuelta hacia las dos hermanas, añadió—: En fin, nosotros íbamos a ayudar a un amigo a deshacer el equipaje. Si queréis podéis acompañarnos, chicas...

En ese punto miró a Rahul para consultarlo con él, y este asintió.

—Os lo agradezco —dijo Jaya—. Pero creo que nosotras también deberíamos dedicar un rato a deshacer el equipaje y a descansar después del vuelo.

—De acuerdo —dijo Rahul, que hizo amago de darse la vuelta.

—¡Doctora Waverly! ¡Alumnas nuevas! —exclamó Leo.

Jaya se dio la vuelta y vio cómo una mujer de mediana edad, de tez pálida y constitución frágil, se giraba para observarlos desde el otro lado del vestíbulo. Cuando vio a las hermanas, pareció reconocerlas y comenzó a acercarse hacia ellas. Leo se despidió con la mano y siguió a Rahul hacia la puerta.

—¡Nos vemos mañana en el comedor!

Isha se dio la vuelta hacia su hermana.

—¿Qué es eso de que Grey Emerson asiste a esta academia? —inquirió, atropelladamente, antes de que la jefa de estudios se acercara demasiado—. Jaya..., ¿tú lo sabías? Porque estoy segurísima de que Appa y Amma no.

Se suponía que Isha debería llamarla *akka*, que es el título honorífico reservado a las hermanas mayores. Pero Jaya no tenía tiempo para debatir esa cuestión. Adoptó el gesto más sereno del que fue capaz.

—Pues claro que no lo sabía. Y creo que no deberíamos contárselo ni a Appa ni a Amma. Al fin y al cabo, ¿de qué serviría preocuparlos? Guardaremos las distancias y él hará lo mismo con nosotras, ¿vale? No olvides que no debemos llamar la atención.

Jaya era una mentirosa excelente cuando se lo proponía, pero no pudo evitar ponerse nerviosa. Si Isha se lo contaba a sus padres, estaría completamente...

Olvídalo. La palabra que se le vino a la mente era demasiado fuerte como para repetirla.

Isha se mordió el labio, mientras observaba detenidamente a su hermana. Finalmente, asintió con la cabeza. Jaya suspiró aliviada al ver que Isha confiaba en ella.

—No te preocupes —dijo, rodeándola con un brazo para darle un achuchón—. No permitiré que eso se convierta en un problema. Te lo prometo.

Los tacones de la doctora Waverly resonaron sobre las lujosas baldosas marroquíes mientras se dirigía hacia ellas.

—Las princesas Jaya e Isha —dijo respetuosamente, con un acento de la costa atlántica y una ligera reverencia—. Soy la doctora Christina Waverly, la jefa de estudios de la Academia Internacional Santa Rosetta. Es un honor teneros entre nosotros. Lamento mucho que no hubiera nadie esperándoos en el aeropuerto. Tenía entendido que no llegaríais hasta esta noche. —Hizo una pausa mientras detenía la mirada sobre el colgante con forma de rosa, como hacía casi todo el mundo—. Vaya, qué joya tan preciosa.

Jaya esbozó una sonrisa cortés, heredada de su madre.

—Muchas gracias. Mi padre lo compró en un zoco en Dubái.

—Pues tiene un gusto exquisito.

Jaya se dio cuenta de que la doctora Waverly se estaba esforzando para no quedarse embobada contemplando los rubíes. El extraño hipnotismo de ese collar fue lo que cautivó a Appa en un primer momento.

—Gracias —repitió Jaya—. Ah, y, por favor, puede llamarme Jaya. Y a mi hermana, Isha. Decidimos tomar un vuelo más temprano desde Múnich. Era imposible que usted lo supiera.

La doctora Waverly asintió, haciendo tintinear las perlas que formaban una hilera doble alrededor de su cuello. Estaba claro que era aficionada a las joyas. Tras entrelazar las manos recatadamente sobre su falda de color azul marino, añadió:

—Confío en que el viaje fuera agradable.

—Lo fue —se apresuró a responder Jaya, que estuvo a punto de perder los modales, preguntándole a la doctora Waverly si podría llevarlas hasta sus habitaciones sin perder más tiempo.

Tenía muchas cosas que planear. Si esto fuera un cuento de hadas, ese sería el momento en que soltaría una carcajada maligna mientras removía el interior de un caldero burbujeante. Salvo que, claro está, ella era la heroína de esta historia.

—Excelente —dijo la doctora Waverly, señalando hacia un arco con paneles de madera—. En ese caso, os acompañaré a vuestros aposentos. Lógicamente, ya que estáis en cursos diferentes, os alojaréis en pabellones distintos. —Sonrió a modo de disculpa—. Ya se lo comenté al *maharajá*.

—Sí, nos lo dijo —respondió Jaya, mientras avanzaban por el enorme vestíbulo.

Frente a ellas, una chimenea se elevaba hasta el techo. Jaya podría haberse metido dentro con los brazos extendidos y aún habría quedado hueco de sobra a ambos lados.

—Cómo mola —dijo Isha, siguiendo la trayectoria de su mirada—. ¿Nieva mucho por aquí?

—No es inusual tener más de setenta centímetros de nieve en diciembre, y luego otra vez en primavera —respondió la doctora Waverly, sonriendo ligeramente—. Por eso instamos a nuestros alumnos a que aprovechen la excursión a Aspen, a finales de octubre, para comprar ropa de invierno. Así también tendréis la oportunidad de conocer mejor a vuestros compañeros fuera del campus.

Jaya no tenía el menor interés en ir de compras ni en conocer a sus compañeros, aunque, claro está, la doctora Waverly no tenía por qué saberlo. Ni nadie. Todo el interés de Jaya se centraba en Grey Emerson.

Se había dado cuenta de una cosa: un sabotaje no tiene por qué ser siempre un acto furtivo. No siempre consiste en escapadas en mitad de la noche, ni en gente enmascarada al amparo de la oscuridad. A veces, el decorado para un sabotaje luce otro aspecto: unas montañas ancestrales que montan guardia y lo ven todo, un internado elitista a quince mil kilómetros de su hogar. Y en algún lugar, situado entre sus muros, un aristócrata desprevenido.

GREY

Grey se recostó sobre la áspera superficie granítica del monte Sama y contempló el diminuto pueblo de Santa Rosetta; una maraña de tiendas y edificios bajos salpicaban el paisaje como si fueran malas hierbas. A lo lejos, avistó el pueblo vecino y más grande de Aspen. En cosa de un par de meses, todo quedaría cubierto por una gruesa capa de nieve. A Grey le gustaba la nieve, sentirse resguardado entre sus fríos y densos pliegues.

El viento soplaba con fuerza a su alrededor, a casi tres mil metros de altura, y Grey cerró los ojos para disfrutar de su fresco roce. El jueves daría comienzo el nuevo curso escolar, que sería el último para él. El verano empezaba a dar paso al otoño y Grey pronto cumpliría los dieciocho. Tragó saliva, tratando de ahuyentar esa idea. Los dieciocho traerían... complicaciones. Unas complicaciones en las que no quería pensar en ese momento.

Mal que bien, Grey había sobrellevado el verano. Todos los demás alumnos y profesores habían vuelto a casa. Leo, cuyos padres eran cirujanos y viajaban por el mundo operando a

personas a las que los médicos habían dejado por imposibles, cogía un avión y se reunía con ellos dondequiera que estuviesen. Daphne Elizabeth, cuyos padres pasaban de ella durante todo el verano y luego la cubrían de regalos antes de que se marchara —un detalle que, ella misma admitía a regañadientes, casi compensaba su ausencia—, volvía a casa siempre que podía, a pesar de todo. Y si sus padres no querían verla, se iba a visitar a algún otro pariente. Incluso Rahul, cuyos padres alquilaban un chalé diminuto en Francia todos los veranos porque su hijo era demasiado «rarito» como para vivir con ellos en su casa de Delhi, aprovechó el verano para estar con su familia.

Cuando Leo se marchó, miró a Grey con el ceño fruncido y le preguntó:

—¿Cuándo vuelves a casa?

—Mañana —le respondió Grey, apartando la mirada.

—*Ouais, mais...* Si no tienes adónde ir, puedes venir conmigo a Tailandia. Podríamos ir a hacer esnórquel.

Grey negó con la cabeza.

—No. Pero gracias.

Leo, al igual que Rahul y Daphne Elizabeth —o Daph, como la llamaba casi todo el mundo—, ignoraba lo de la maldición, el motivo por el que Grey no podía volver a casa. Y como sabían que no le gustaba hablar de su familia ni de su hogar, nunca sacaban el tema.

Pero que no hablaran de ello no cambiaba la realidad: algo siniestro le acechaba, y lo llevaba haciendo desde que nació. Todo apuntaba a que la maldición de los Rao se había cobrado la vida de un ser querido, y a Grey le aterrorizaba ser el siguiente. Puede que a la gente le resultara extraño que un joven como él, instruido y a punto de cumplir los dieciocho, creyera tal cosa. Pero no podía remediarlo. Mientras otros ni-

ños aprendían el abecedario y el «Cinco lobitos tiene la loba», a Grey le pusieron al corriente de la maldición familiar. Desde que tenía uso de razón, le habían dicho que nada, absolutamente nada, era tan importante como la maldición. Así que lo menos que podía hacer para expiar la muerte de su madre —de la que se consideraba plenamente responsable— era mantenerse alejado del caserón familiar, para no convertirse en un recordatorio constante para su padre. Grey entendía perfectamente su actitud.

El único lugar en el que se sentía seguro, donde pensaba que no podría hacer daño a nadie, era en las montañas. Esas inmensas torres de piedra, que emergían de la tierra como dioses vengativos, parecían indestructibles. Existían desde milenios antes de que naciera Grey, y seguirían allí mucho después de que él desapareciera.

Le sonó el móvil en el bolsillo. Grey frunció el ceño; se había olvidado de ponerlo en silencio.

«¿Dónde estás?».

Era Leo. Sus compañeros de clase —incluidos aquellos que, por algún motivo inexplicable, se consideraban sus «amigos»— habían regresado para el comienzo del semestre, pero Grey se había dejado ver más bien poco. Pasar el verano en soledad siempre tenía el mismo efecto sobre él: cuanto más tiempo pasaba solo, más solo quería estar. A veces se imaginaba el mundo sin él. ¿Alguien le echaría de menos cuando ya no estuviera? Al fin y al cabo, y según la opinión mayoritaria, su existencia había sido fruto de un error cósmico.

«Por ahí», respondió tecleando.

«Ah, *oui*, por ahí —fue la inmediata respuesta—. Ya me queda más claro».

Grey esperó.

«Hemos conocido gente interesante. —Leo, acostumbrado a los silencios crípticos de Grey, añadió—: La princesa Jaya Rao y su hermana, Isha. ¿Las conoces? Dieron a entender que sabían quién eres».

Grey sintió un escalofrío. ¿Las hermanas Rao estaban allí? Pero ¿por qué?

Tomó aliento. Llevaba toda la vida viviendo bajo la sombra de la maldición de los Rao. Recordaba claramente cuando le dejaron en Santa Rosetta antes de cumplir los seis años, a punto de empezar el jardín de infancia. En el despacho de la doctora Waverly, repleto de cuero y de latón, su padre le miró a los ojos. La doctora estaba esperando fuera, para dejarles algo de privacidad durante la despedida.

—Escúchame bien, Grey —anunció su padre con solemnidad, y Grey comprendió que estaba a punto de decir algo importante. Prestó toda su atención—. Nunca serás como los demás niños que hay aquí, por más que muchos de ellos sean unos parias. Tú eres... diferente. Y siempre lo serás. —Su padre torció el gesto ligeramente—. Los Rao se han asegurado de ello. Esa es la carga que te ha tocado sobrellevar.

Grey seguía recordando su confusión.

—Pero es que yo quiero tener amigos —replicó.

Su padre le agarró del brazo con fuerza. Clavó sus ojos acuosos sobre los de Grey.

—No debes acercarte a nadie —le dijo, pronunciando lentamente cada sílaba—. Le hiciste daño a tu madre por culpa de tu condición.

Grey se quedó mudo, horrorizado. Su madre había muerto, sí, pero ¿la había matado él? ¿Y por qué nadie se lo había dicho antes?

—¿Recuerdas lo que te conté sobre tu maldición? —añadió su padre, sin apartar de él esa mirada tan inquietante.

Grey asintió, mientras su mente seguía dándole vueltas a lo que acababa de descubrir sobre su papel en la muerte de su madre. Pero tenía el poema grabado a fuego. Su padre se lo había enseñado cuando era muy pequeño. Claro que recordaba la maldición.

—La maldición ha corrompido tu sangre. Es como un virus. —Al ver que Grey no entendía nada, gruñó con impaciencia—. Y por ese motivo, nunca podrás tener amigos. La gente percibirá que hay algo raro en ti, te harán daño. Es mejor guardar las distancias para ahorrarte ese sufrimiento. ¿Entendido?

Grey asintió de nuevo, tratando de asimilar lo que le estaba diciendo. La maldición... había provocado la muerte de su madre. En ese momento, sintió cómo se le endurecía un poco el corazón, como si estuviera generando una coraza protectora. No lloró. No sintió la necesidad de hacerlo.

Tras soltar a Grey, el padre se levantó bruscamente y se dirigió hacia la puerta. Con la mano en el picaporte, añadió sin darse la vuelta:

—Podrás volver a casa por vacaciones.

Dicho esto, se marchó. Pero a Grey nunca le invitaron a volver.

Y ahora las hermanas Rao estaban allí. Aunque... ¿qué más daba? Santa Rosetta era una escuela famosa con alumnos internacionales con antecedentes escabrosos. Si acaso, su repentina aparición debería ser motivo de curiosidad e interés, no de alarma. El universo no giraba alrededor de Grey.

«Me suenan», respondió.

«Bueno, el jueves podrás conocerlas durante el desayuno, —escribió Leo—. Oye, ¿te apetece quedar a cenar esta noche? ¿Solo Daph y los chicos?».

«No», respondió Grey, y después guardó el móvil. Leo se sentiría dolido, eso seguro, pero no tardaría en perdonarle.

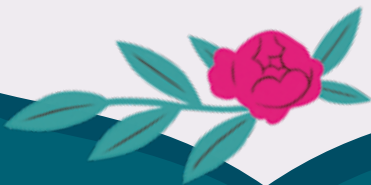
Aunque Grey no se explicaba por qué. No les daba ningún motivo —ni a Rahul, ni a Daph, ni a él— para que quisieran pasar tiempo con él. Puede que lo hicieran por compasión. Grey apretó los dientes, con la mandíbula en tensión. Que pensaran lo que quisieran sobre él. Eran irrelevantes. Tenían que serlo.

Grey volvió a recostarse sobre la roca que tenía detrás y cerró los ojos. Ya faltaba poco para que le tocara salir de su madriguera, tal y como ocurría cada año.



¿PODRÁ LA PRINCESA SALVAR A LA BESTIA?

A las afueras de Aspen, en Colorado, asentada entre montañas ancestrales, se encuentra la Academia Internacional Santa Rosetta. Sus imponentes capiteles, sus marañas de hiedra y sus desgastadas torretas de ladrillo van a convertirse en el hogar de la princesa Jaya Rao a lo largo de un año. Durante su estancia allí, Jaya se impone una única misión: partirle el corazón a Grey Emerson, el descendiente de la familia rival de los Rao. Pero primero tendrá que conseguir que se enamore de ella.



«Sandhya Menon es única cuando se trata de escribir historias de amor». **Becky Abertalli**, autora de *Con amor, Simon*.



FANDOM BOOKS
www.fandombooks.es